

CRITICA SINDICAL

En el prólogo-presentación de esta sección de crítica sindical, declaramos que pondremos todos nuestros esfuerzos en despojar al sindicalismo del aspecto de autosuficiencia que algunos camaradas le quieren atribuir.

El sindicalismo es un arma de lucha contra la burguesía y el Estado, que al mismo tiempo prepara al proletariado moral y económicamente para vivir en una sociedad eminentemente libre, con la supresión de la autoridad y el capitalismo, es un peligro palmario querer confundir este medio de lucha en cuerpo de doctrina, ya que a la postre el perjudicado sería el mismo ideal que el sindicalismo persigue: la anarquía.

Velando por el porvenir esplendoroso de nuestras ideas, no vacilamos en afirmar que si el criterio del sindicalismo autosuficiente predominara, correríamos el peligro de provocar una dictadura sindical, que no por serlo sería más odiosa y nociva que las dictaduras italiana o rusa.

En nuestros medios sindicales se han infiltrado clericales corrientes marxistas que si no los corran a tiempo, podrán abonar el terreno a los comunistas y a las pérfidas de la dictadura del proletariado. Es un error creer que sólo puede hacerse la revolución mediante una organización potente, disciplinada, numerosa, que cuente con todos los recursos necesarios para reemplazar a los organismos de la economía burguesa; que tenga incluso la estrofa completa de los trabajadores y la maquinaria que deberán emplearse en cada industria o ramo de la producción es un error, repetimos, porque los choques violentos y las acandiladas de las luchas revolucionarias, rompen forzosamente todo el estatuto y nuestras organizaciones y nuestros órganos de redacción y estatística, ante la defensiva burguesa sufriran fatalmente una ruptura o disgregación general.

Nuestros camaradas que los defensores de las organizaciones metódicas y de la actuación monorrítica pagasen atención en el fenómeno que se producirá en la sociedad cuando las colectividades revolucionarias, rechazando la ofensiva del capitalismo gubernamental, se lance a la lucha revolucionaria. El desconcierto será general; se romperán todos los órganos de relación y convivencia social; habrá lucha encarnizada y sangrienta, y el capitalismo no querrá sucumbir sin derramar sangre proletaria y sin crear cuantas dificultades estén a su alcance al nuevo régimen libertario.

Es de sentido común, empero, que al hacer las precedentes manifestaciones no queremos decir que negamos eficacia revolucionaria e incluso constructiva al sindicalismo. Por ejemplo, ahora que en el agro andaluz empezaron a despuntar las llamas de un incendio social, que muy bien pueden ser el preludio de una monumental hoguera revolucionaria, lo más aconsejable sería que los campesinos andaluces, agrupados en sus respectivos sindicatos agrícolas, se apoderaran de las tierras y sus trabajos en común. Esa determinación produciría una afluencia inmensa de fuerzas armadas a los pueblos rebeldes, lo que podría aprovechar los sindicatos industriales para proceder a la ocupación de fábricas, obras y talleres. En este caso, lo que tendría valor sería el espíritu de organización y no el engranaje de la máquina. Lo que da importancia y cierta necesidad transitoria a la organización sindical durante el período revolucionario, e incluso quizás la tenga en el postrevolucionario.

Poco a poco iremos desgranando las ideas y el concepto que tenemos del sindicalismo revolucionario, creyendo hacer un gran bien a la G. N. T. y a las ideas que la encarnan.

A. G. GILBERT

Panorama Español

Lo que viene sucediendo en España es algo tan monstruoso, que no tiene precedentes en los anales de la historia de los pueblos civilizados. Es algo tan sublevante que nos hace anatematizar al Régimen Inquisitorial y a sus hombres sanguinarios; que hace rebelar todos los espíritus sanos y todos los sentimientos nobles y humanos; que nos obliga a todas las insurrecciones. Ya no hay bastante con detener a los ciudadanos de una forma violenta y caprichosa; con asaltar los domicilios a altas horas de la noche, con violar con impudico desdoro la privada correspondencia; con clausurar los centros de una forma sistemática; de recoger las ediciones de los periódicos obreros que frente a la inmoralidad del periodismo burgués, mediatizado y adaptable a todas las modalidades de la infamia oficial, llevan un recto camino de información sana y veraz, al margen de las mentiras gubernamentales; con tener en prisión meses y meses a trabajadores inocentes; con expulsar, deportar, asesinar por grupos a los hombres que se elevan sobre el corrupto y bajo nivel de los gobernantes; con detener y apalear mujeres y niños por ser deudos de idealistas; con someter a los reclusos sociales a un régimen de terror... ¡Ahora, en el interior de las celdas se apalea brutalmente a nuestros presos! Tal ha sucedido en la Cárcel Modelo de Barcelona, el día 9 del actual. En ese feudo inquisitorial — antro de tormento, donde solamente faltan las máquinas infernales — que dirige el Nerón Rojas. Esa figura abominable de hombre con entrañas de hiena (que recomendamos al futuro Comité de Salud Pública) con la aquesencia de otro fiero humano como Moisés Magnífico ejemplares de la fauna para ponerlos de contrapeso en la balanza de la justicia popular, colgados en los extremos del horizontal de una esbelta cruz.

Los guardias de asalto y la guardia civil, esos seres crueles y despreciables que viven del asesinato legal, obedeciendo órdenes de los esbirros superiores, fueron de celda en celda apaleando a los presos sociales, de una forma brutalmente inhumana, rompiendo sus libros, periódicos y escritos íntimos, usando un lenguaje de prostíbulo... ¡Y todo porque se resisten a ser objeto de juego y burla del miserable director Rojas!

Los Presidios de Siberia, de Dostojewski ya han salido de lo novelesco, de la clásica literatura, para pasar a convertirse en realidad en este país de las democráticas represiones. Sólo falta ya que se desentierren los tormentos inquisitoriales con los religiosos autos de fe.

En cualquier país medianamente civilizado, el recluso-político-social, es objeto de todas las atenciones, considerándolo ciudadano en pleno uso de sus derechos; en España, solamente muy contadas cárceles tie-

detención de sus padres, sin correr el peligro de ser abofeteados. En España la vida humana es una cosa sin valor alguno que está a merced de cualquier analfabeto uniformado.

Y esta crítica situación por que estamos atravesando, los continuos atropellos y vejaciones que sufrimos con suleida resignación, han de tener su fin, tendrán su fin un día próximo porque no es posible que el pueblo haya perdido del todo su sensibilidad para seguir sufriendo la burla y la miseria a que le somete sus gobernantes y para dejar que continúen apaleando a sus hijos presos que supieron con abnegación ir a la cárcel y a la deportación por defender los intereses de todos, por querer la emancipación del pueblo que hasta hoy no ha hecho nada para libertarlos.

Cuando en lo sucesivo se intente detenernos, hemos de saber hacer frente a los searíos que nos persiguen; cuando se nos clausuren los centros, como actualmente están clausurados en Barcelona, Sevilla, Córdoba y otras capitales de España, hemos de saber romper los precintos de las puertas de nuestros domicilios sociales; cuando recojan las ediciones de los periódicos, suspenderlos nosotros mismos y tirar otros clandestinos; cuando suframos una prisión gubernativa, revelarnos en la misma prisión to-

dos los días, reclamar, exigir, tomar, si se puede, sin mirar en medios, la libertad de que se nos priva. Y los que estemos en la libertad de los presos y el retorno de los deportados, sino tomáramos nosotros mismos, yendo a las cárceles a sacarlos, manchando a la deportación por los que allí nos esperan en marcha hacia ellos libertadora.

Con el dinero gastado en mítines y telegramas pro-deportados, se hubiesen podido conseguir muchas cosas... ¡hasta flotar un barco que hubiese puesto a salvo a nuestros hermanos!

Ya es llegada la hora de contestar a la violencia oficial con nuestra violencia. ¿Qué no tenemos armas? ¡Se buscan! En casa de los burgueses las hay, en las armerías públicas también; los camaradas sevillanos y cordobeses lo saben bien; y en último caso: desarmar un gendarme no es cosa de gran importancia y después del primero, el segundo es más fácil. Hemos de apartarnos circunstancialmente de nuestro sentimentalismo si queremos hacer algo práctico y grande. ¡Dejarnos asesinar, no! ¡Si caemos, que sea llevando delante de nosotros tiranos y searíos del régimen fascista que padecemos!

ALFONSO NIEVES NUÑEZ
Burdos, mayo de 1932.

La Agonía del Capital

Más de dos años ha que en el vasto salón de la Bolsa de New York, junto con las finanzas internacionales se jugaron también los destinos de la humanidad entera. Un reducido número de magnates de la banca, la industria y el comercio fueron los elegidos por los hados para originar la tremenda bancarota que cual monstruo feroz amenaza con tragarnos a todos. ¡Ah, criminales, ávidos de oro!... Vuestra sordidez llegó a la cumbre y ya no hay colización capaz de satisfacer vuestra secular avaricia. Y, las consecuencias inmediatas de vuestra obra vergonzosa, han sido el lanzar a cuarenta millones de seres humanos a pulular hambrientos por las calles, carentes de pan y hogar sin que, para tan gran castigo hayan cometido otro delito que el de soportar, a través del tiempo, el pesado yugo impuesto por esos mercederos sin conciencia, grandes patriotas, amos y señores de cuanto existe en el cosmos.

La misma horda de feroces criminales convirtió, hace algunos años, en lamentable montón de escombros lo más floreciente del continente europeo, anegándolo con la inocente sangre de los humildes proletarios, vertida sin piedad, en aras de sus inmundas y repugnantes especulaciones y deslumbrando a la humanidad, atónita aún por el fragor de las batallas, con el novel resurgimiento de tantas patrias como convenía a sus instintos de rapina y latrocinio. Racionalizaron todo. Ahogaron en tan dilatados charcos de sangre los géminos de la fraternidad universal. Establecieron formidables instituciones armadas para mantener incólumes siempre los derechos del fuerte, legando a la clase trabajadora del mundo, la obligación sagrada de sostener ese vergonzoso núcleo de zánganos que se presentan cuando a bien tienen en el no menos sacralísimo "templo de la liga de las naciones", conglomerado de parásitos, alcabutes, de la obra destructora y criminal de los grandes capitalistas, señores del globo terráqueo.

La salvaje racionalización de todo lo que significa actividad, impuesta por la odiosa burguesía, ha reducido a la más espantosa miseria a todos los obreros en general. Mientras el hambriento, con una resignación propia del castrado ve revolcarse en los estertores de la agonía por la inanición a sus seres queridos, los grandes terratenientes del feraz continente americano, suprimen el cultivo de sus "bien habidas propiedades" a efecto de que la escasez de pan y el algodón, originen una alza en el precio de venta, compatible con su inextinguible sed de oro... El industrial hace lo propio y sin importarle nada la suerte de quienes los enriquecieron con su continuo trabajar, los lanzan con odio despreciable a deambular por los caminos, cayendo muchos de ellos víctimas del hambre para no levantarse más... Obligados a la desesperación a abandonar los seres amados, el hogar y lo que esta sociedad corrompida le designó por patria. Muchos de ellos, con ese valor espartano que concedió al hombre el derecho indiscutible a la existencia, se procuran lo que han menester exponiendo inclusive la propia vida. Otros, más cobardes y sin conciencia de su semixistia, doblegando dolorosamente la cerviz, se deciden a implorar del poder público un mendrugo de pan. Entonces, esos directores de los pueblos, eternos tiranos, ensañanse con

sus víctimas... Les dan a guisa de limosna un asqueroso condimento muy inferior en calidad y cantidad al que dispensan a sus perros, resignados y fieles guardianes de sus intereses. Y, ¡ay del que proteste al verse reducido a la condición de perro!... Para esos tiene el capital erigidos grandes presidios, afrenta ignominiosa de esta humanidad que aun soporta tal insulto al derecho y a la justicia. Por ello contemplamos repletas las cárceles de obreros que ya en una u otra forma se han rebelado contra sus "amos" reclamando lo que al fin y al cabo es patrimonio común.

Compañeros, la miseria, la humillación y el oprobio han rebasado el límite de los trabajadores del mundo. Y mientras el dolor hace su presa en los corazones de todos los explotadores, la burguesía altanera, voraz y sanguinaria teje en secreto la burda trama de una nueva guerra como único y eficiente remedio al gran mal que por su criminal sordidez padece la humanidad. Ahí tenéis el desolador aspecto que presentan los pueblos de oriente, China y Japón, luchando insensatamente por los privilegios de nuevos amos y sin que entre todos los combatientes de uno y otro bando existan más motivos de odio que el que inculca al ignorante esa casta de tiranos que en defensa de sus prebendas y en nombre de una falsa patria, lanzan todos los días a los cuatro vientos. Es la última carta que juega el capitalismo; ha visto seriamente minada la base areolada que lo sostiene y por eso no vacila en lanzarnos a la hoguera universal para el logro de sus humanas aspiraciones. Se equivocan rotundamente al creer que la gangrena que invadido sus cuerpos purulentos en la Wall Street, puede fácilmente extirparse sin recurrir a la amputación rápida de ese miembro del cuerpo social, con cuyas mismas ha corrompido el medio ambiente en que vegeta.

Para apuntalar sus codiciadas poltronas, han aumentado últimamente sus esbirros, hombres de la peor rala, criminales contumaces a quienes poco les importa el que sus corceles lleven ensangrentada la cincha de la sangre de los obreros que reclaman sus derechos y libertad. Villanos, acatan en denigrante sumisión la orden de desbaratar las organizaciones obreras revolucionarias que asfixiadas en tan corrompido ambiente burgués, anhelan plasmar en realidad el justo ideal de la libertad.

¡Compañeros! La burguesía tiene preparada el arma fratricida para que salvajemente os destruya... Cuando os inviten a abandonar el taller, la oficina y la mina para empuñar con ardor esa arma criminal, agarrada, sí, y matad sin escrúpulo a quienes temerariamente os inclinan al crimen... Antes que la guerra, destructora de los más puros y nobles sentimientos del hombre, la Revolución social para haceros dueños de los destinos de la humanidad que la torpeza del agonizante capital perdió en la asquerosa jugada de la Bolsa de New York.

¡Trabajadores del mundo, víctimas de vuestros seculares amos! No matéis a vuestros propios hermanos sin otro objetivo que el de encumbrar tiranos! Eso que embrutece y envilece la guerra con sus tremendas injusticias, ennoblece y dignifica la lucha por la recuperación de los sagrados derechos a la suprema libertad arrebatados al hombre incauto desde remotos

¿CAOS?

El nacimiento de la República tuvo más de acontecimiento fortuito, que de labor realizada en determinado sentido por un sector proletario de la opinión.

Las fuerzas vivas (intereses creados, latifundistas, almacenistas, banqueros) en fin, todo el engranaje nacional preferido se pasó con armas y bagajes al nuevo régimen más por cobardía que por convicción, y el poder político, ante nuestra impasibilidad, tolerancia o borrachera democrática, como sea, cayó en sus manos mucho más inhumanas que las de sus antecesores.

Su labor post-revolucionaria (?) es un continuo batallar contra las clases productoras, un exterminio feroz, premeditado, aprovechando adivinadamente cualquier conato de protesta para inear sus sangrientos colmillos en carne proletaria, determinando, provocando a veces, las rebeliones para mejor ensañarse con su indefensa víctima.

Un gobierno democrático, impulsaría noblemente al proletariado a la protesta por sus reivindicaciones con la humana finalidad de corresponder a sus quejas, con las mejoras precisadas.

¿Pero es que el gobierno social-fascista español entiende en democracia?

Creemos que no. Su labor fundamentalmente dictatorial, corrobora nuestras manifestaciones, y no sólo precisamente en sus procedimientos represivos; la constitución, la pretendida reforma agraria, el problema religioso, en fin, todas aquellas soluciones determinadas ya se observan impulsadas por un bajo espíritu burocrático. Y es que el problema global español tiene difícil solución, tan difícil que solamente nosotros, el proletariado anarquista, puede llevar a cabo la revolución pertinente encaminada a ello.

El desbarajuste económico se observa en todas las industrias y derivaciones, la moneda siguiendo fielmente el ritmo de la economía nacional, se dirige presurosamente a la bancarrota. La producción nacional necesitada de las materias primas extranjeras, clerra sus talleres solidarizándose así, con el desconcierto económico, porque no puede adquirir dichas materias por su elevado precio, más el gravamen aduanero, que sube proporcionalmente con la ruina inminente de nuestra hacienda. La producción extranjera, sin competencia, recargada extraordinariamente con arbitrios e impuestos, pierde contacto con el pueblo para pasar a boecillo exclusivo de las clases capitalistas.

En España, no se produce, se consume; se enriquece particularmente el comercio, mientras la agricultura y pesca industrial, únicas facultades para realzar el esplendor económico nacional, yacen en el más cruel abandono por carencia de medios y facilidades de explotación.

Y conste que ni alocenamos ni profetizamos, lo que nosotros decimos. El pueblo ha tiempo ya lo siente y lo exterioriza con rebeliones constantes, acalladas con sangre proletaria, sangre de generosos mártires; que fructifican en el seno de nuestra humanidad en prole inmensa; y no alocenamos porque el Gobierno español, como los demás gobiernos no se atreverá jamás a servirse de nuestra terapéutica, su misión no es curar, es perpetuar la enfermedad, para justificar sus servicios. Pero el pueblo que tiene en conciencia la misión sacrosanta del absoluto liberamiento, barrerá virilmente esos miserables curanderos para recobrar con ello su salud, que no es otra que el logro de sus fundamentales reivindicaciones.

F. GALLO

La Escala.

Reflexiones

De la guerra y contra la guerra

Quien dijo que la guerra es el crimen colectivo, no hizo más que reflejar débilmente, pallidamente, en el lienzo biológico social, la triste, macabra, y monstruosa realidad.

No hay artista por muy hábil y grandioso que sea, capaz de trazar el verdadero aspecto, el verdadero fondo de horror y de ignominia que representa la hecatombe guerrera, la matanza bestial y estúpida de los hombres, de los pueblos, lanzados unos sobre otros, diezmando, aniquilándose, en beneficio exclusivo de financieros, agiotistas y demás tiburones que tanto abundan en los mares del capitalismo.

En los diccionarios más modernos no existe la palabra que pueda expresar, ni aproximadamente, lo que es en sí, lo que en síntesis representa cualquiera de las guerras que la historia registra en sus anales, para baldón y vergüenza de una sociedad sedicente civilizada. No existe la palabra. Los neoclásicos son aun unos mediocres fallos de alcance y de sentido moral para componer la palabra adecuada que sintetice todo el significado anárquico de la guerra.

Hasta aquí no nos hemos querido referir más que a las guerras que aun no han pasado a la historia. Así, pues, si queremos referirnos a la guerra moderna, a la que acaba de iniciarse entre los pueblos hermanos del extremo Oriente; si queremos referirnos a esa monstruosa hecatombe que nos amenaza con sus gases asfixiantes; entonces no llegamos, ni se llegará en mucho tiempo, a expresar, ni aun siquiera débilmente, la horrenda regesión bestial e inhumana que representa. De ninguna manera.

Anto un peligro tal, ¿qué hacer? ¿Que medidas adoptar para impedir esa nueva monstruosidad ampliada y reformada por todas esas inteligencias mediocres, refinadas en el perfeccionamiento destructor de vidas humanas, al servicio del capitalismo fascista en sus distintos coloridos, pero con un fondo moral único? ¿Qué muro de contención oponer a esa marejada bélica, imponente? Yo creo que no se puede impedir ese flujo y reflujo de la marea del militarismo enajenado briosamente por las ambiciones del capitalismo; yo entiendo

que así como la última guerra no se pudo impedir, así esta tampoco se impedirá, es decir, tampoco se impide, toda vez que ya ha comenzado. Pero quiero decir con esto que hacemos dejarnos arrastrar por ese sentimiento guerrero que hace factible el desbordamiento bestial de los pueblos? No tal.

Quiero decir con ello que esa marea bélica al tropezar con la marea pacifista y antimilitarista, en la bituración de las dos corrientes opuestas, es más poderosa y por lo tanto de momento vence, nos arroja; pero que esto no obstante, no deberemos, no podremos ni queremos permanecer inactivos, indiferentes, ante tal monstruosidad, porque un deber de humanidad y de nuestros propios principios éticos, nos obliga a laborar en sentido totalmente opuesto a la inclinación del militarismo hacia la hecatombe que nos amenaza. Hay que hacerle así, lo hacemos ya así, desde el momento que nos sentimos anarquistas, aunque no seamos más que "cuatro fusos" repartidos por la faz del globo terráqueo.

Tenemos la convicción de que nuestra labor dará el mismo resultado que dio la labor de todos los hombres, de todas las minorías, que en todas las épocas de la historia, se agitaron por una verdad que al fin y al cabo triunfaron. Así nosotros triunfaremos contra todos los prejuicios, contra todos los obstáculos que se oponen, con una tenacidad estúpida al libre desenvolvimiento del hombre y de la colectividad.

Contra el militarismo, contra el capitalismo y contra el estatismo, causas fundamentales de la guerra, en todo momento y lugar.

¡Guerra a la guerra! ¡Agitación, agitación y agitación! Que si bien no es posible impedir el chispazo y los primeros encuentros, en cambio con nuestra propaganda y nuestra lucha, podremos hacer que los pueblos reaccionen a tiempo y así como de la otra conflagración surgieron algunos regímenes nuevos, particularmente en Rusia, así de ésta podrá salir la revolución social que dé a luz un estado de cosas que haga imposibles las guerras y demás calamidades sociales.

Diego R. Barbosa

tiempos por la audacia y perversidad del capital.

Ya que a la muerte nos condenan irremisiblemente, unos en oscuras mazmorras, otros extenuados y humillados mezclando la frente con el polvo del camino sin más albergue que el ciego ineludiblemente, acosados por doquiera por esos serviles del capital y los más en sus miserables covachas donde lastimosamente conviven harapien-

tos y desesperanzados con sus muertos o hijos, muramos libres defendiendo nuestros derechos antes que vivir esclavos del capital, con el atávico temor de perder las cadenas que nos oprimen.

¡Viva la Revolución social!
¡Viva la libertad!
¡Mueran los tiranos!

Ismael Rodríguez
San Sebastián.